



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DÉCADA DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13496

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

MARTES 13 DE NOVIEMBRE DE 1906

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENINSULA: Un mes, 1'50 ptas. — Tres meses, 4'50 id. — EXTRANJERO: Tres meses, 10 id. — La suscripción se cobra adelantada. — La correspondencia a la Administración.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. — Correo postal en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

Obreros á Chile

Todos los obreros alistados para marchar á Chile, deberán presentarse desde hoy y con la mayor urgencia en la calle de Sara número 5, bajo, al objeto de formalizar los contratos, indicar la asignación que cada uno deja á su familia y demás requisitos que haya que llenar para partir inmediatamente.

Los obreros deberán presentarse provistos de todos los documentos necesarios para el embarque, á fin de que éste pueda salir lo antes posible sin ningún entorpecimiento.

Calle de Sara número 5, bajo.

CRÓNICA

La sabrosa parlería

El trágico inglés puso en boca del arquetipo de la hipocandria el resobado apóstrofe: «Palabras, palabras, palabras...»

Lo que tenía aplicación en Dinamarca hace muchos siglos, la tiene en esta rica cuanta desdichada nación nuestra.

Por el ajeño prurito verbalista se malogran grandes cosas y se desperdician aquí muchas energías. Y en vano es el clamor contra esa comedia, porque ya se ha el caso de que los condonadores incurran en el propio defecto que censuran; ó lo que es igual, imitan al que en verso tronó contra la forma poética.

Pero lo doloroso, lo que verdaderamente contrasta el ánimo y determina el gesto, de desconfianza, es que todo se convierte en substancia política. Fuler de los dominios, la vida actual, el mirarla del filósofo pesimista.

Los que se apellidan hombres prácticos dieron ya en adoptar el propio sistema causante de dolo y ruina. Charla ya todo el mundo, es una fiebre de oratoria que no remite, sino que aumenta en intensidad por modo alarmante.

Gayó en des crédito el club, y sobrevió el mitin. Parécia pasada, para no volver. La era de las grandes ráfagas tribunicias que nos adormeció deslumbrándonos con escenográficas figuras, parécia, en fin, muerto y sepultado el imperio de la palabra. Despertó un brusco topetazo de la realidad, nos dimos el instante de lucidez de todas las imaginaciones enfermas, comprobamos que el rezago y el estancamiento debíanse al divagar excesivo, y fué un coro de voces unísonas el que se levantó preguntando la quiebra definitiva de la oratoria, la muerte de la leyenda, el despertar del instinto, la necesidad de recobrar energías y aprovecharlas.

Se habló entonces, y se ha seguido hablando de lo esencial para la renovación y regeneración patria; se precavizó la superioridad del músculo sobre el cerebro, sobre la lengua, de la acción sobre la imaginación. Se recreó el símbolo de las modernas conquistas. Unos se empeñaron á esclarecer el fin primordial de la vida en el bienestar permanente de la posesión, á tomar por divina el estupefacto «yo» de los anglosajones, gente práctica que se cura de las realidades por cima de las idealidades, en una palabra, dejaron de mirar al cielo para no descuidar el suelo.

Recordamos todavía el desobediencia de la prosa florida arremetiendo, no contra la incuria, no contra el abandono, sino contra todo lo que no fuese golpe de miso, bifo del metro,

son de yunque, traza de arado, etc. Recordamos la ditirámica vención al libro de cuentas preferido al volumen literario; la elegía dedicada al espíritu con ribetes de holocausto á la fuerza bruta... [Todos, hace ocho y pico de años, renegábamos de nuestra soñolencia, del pasado, de nuestra historia, de nuestros sacrificios; vanos de nuestra dilapidación estúpida; todos nos convertíamos en cantores del hombre fuerte, del peculio, del nervio, eje y pivanza de las naciones; todos íbamos á ser hombres verdaderamente prácticos, positivistas, calculadores, precavidos, etc., y fuimos en las nubes el mote europeización, y atronamos los espacios con la palabra regeneración, y habíamos de fuerzas vivas del subsuelo, de la industria, de la fauna y la flora y qué sabemos cuántos veneros de riqueza explotable.

A tal punto estamos del practicismo al terminar el año de gracia de 1906, que en las propias cuestiones de interés positivo é inmediato, y por aquellos mismos que se consideran sus genuinos representantes, se vierte el chorro de la más lamentable charlatanería y queda tan ó más infecunda que antes la obra emprendida, la que se quiso emprender, la que involucra una condenación para quienes emplearon en el discurso tiempo y espacio que al telar corresponde.

Ahí tenéis el último debate: un ejemplo más de la expuesto, verbosidad y peripetismo á gran escala.

Y qué de expectation no promueven esas lides en que los labios se hartan de hablar, y los oídos se hartan de oír. En cambio, ved ese hemicycle del Congreso cuando se trata de una gran y lírica buena por las cosas lo que se ha señalado con la intención.

Pasan, así, disposiciones y leyes de interés social, sin resonancia alguna. Veibigracia, lo del trabajo de la mujer, lo de la sofisticaciones, la mendicidad, el contrato del trabajo, la supresión de los consumos, etc. Llevan, así, al campo, el germen de la saquía, de la inuidad právida; porque á la postre son incumplidas, ya que el egoísmo individual sabe que impunemente seguirá burlar lo que es lujo de una política de circunstancias.

Hace notar Anatole France que los hombres no hicieron grandes cosas, sino en épocas en que nadie sabía leer.

Será cuestión de ir creyendo que habrá de ser la mejor época aquella en que los hombres no sepan hablar.

Ejercicios de torpederos

El viernes último á las cinco y treinta de un tarde, salieron del Arsenal los torpederos números 12, 13 y 14, para continuar con los ejercicios de forzamiento del puerto.

Esta operación, segunda de las de su género efectuadas, pues la intentada el día no pudo verificarse por la gran marejada existente, ha servido, apesar de lo acertado de los movimientos de los proyectores, para demostrar la casi imposibilidad que existe de impedir el forzamiento del puerto por torpederos, si no se hace uso de obstáculos en la entrada.

Con la luna oculta y el cielo ligeramente cubierto, principiaron los ejercicios. El 13 y 14, se dispusieron á atacar por Escombreras y por el frente de enfudo, respectivamente, mientras nosotros pros á la mar, que con frecuencia barra nuestra cabecera, aguardábamos hacia Cabo Tijoso. Distanciados lo suficiente, viramos y con la mar en popa, pudimos ya dar

toda fuerza, sin ser molestados por la marejada existente, que corría tras de nosotros.

De cuándo en cuándo éramos envueltos por la luz del proyector de Trincabotijas, cuya misión única parecía ser la vigilancia de la Algameca. A lo lejos divisábamos el haz de luz del de Podaderas y el de Santa Florentina, el primero fijo sobre Escombreras y éste inspeccionando todo el frente de entrada con su haz divergente.

Pronto llegamos á la Algameca, y aprovechando los movimientos del vigilante proyector de Trincabotijas, la bordeamos sin ser descubiertos; pero al salir de su ensenada y aparecer tras la punta nos divisaron, cayendo desde este momento sobre nosotros las luces de los tres proyectores, que nos rodeaban de caprichosas y fantásticas sombras. A lo lejos entrevimos al 13, que según después supimos, fué descubierto al salir de detrás del isleto.

Después de un rato de espera, no teniendo, ni nosotros ni el 13, noticias del 14, le disparamos un cohete cada uno, dividiéndolo al poco tiempo, saliendo del puerto á toda máquina. Sin duda creyendo era éste el punto de reunión se había dirigido á él, después de su fracasado ataque.

Para el segundo ataque, nuestro torpedero, el 14, arribó en la misma dirección que antes, y ya lejos del puerto cambió de rumbo y dirigióse á Escombreras. Los torpederos del isleto y bordeando el haz vigilante de Podaderas, seguimos avanzando á toda máquina; nuestra marcha de vez en cuando en oscuridad completa, pero el proyector de Trincabotijas, dejando la zapa de enfudo á su vigilancia, se dirigió hacia nuestra parte; pasó varias veces por delante de nosotros y por fin próximos á «Las Losas» nos descubrió.

No viendo á los otros torpederos, estuvimos cruzando frente á la entrada para que se nos reuniesen, entrando al cabo de un rato, visto que no aparecían, encontrándonos amarrados.

Apesar de haber sido todas las veces descubiertos los torpederos, teniendo en cuenta lo pequeño de la distancia á que se encontraban de la boca, en relación con las velocidades de 28 á 30 millas alcanzadas por los torpederos modernos, es lo más fácil que el forzamiento se hubiese verificado,

si otras causas no se encargasen de retardar la marcha de aquéllos, dejándolos expuestos más tiempo al fuego de la artillería.

A. Torpedero.

Un libro de Enrique Mesa

Acaba de ponerse á la venta el nuevo libro de Enrique Mesa, «Tierra y Alma».

No es un libro de enfermos, ni libro de donaires. Es un libro de vida.

La «Tierra» está vista con un corazón castellano, no de los actuales, torturado por tarifas y aranceles, sino de los ya muertos, que fueron parcos en palabras inútiles y ricos en el sentir de toda belleza.

Las tardes de aldea, el correr del arroyo, todos los marcos del vivir campesino, están dichos en versos fuertes, claros, intensos.

El «Alma» no gusta del lamentar constante. El sabor de su pena es amargo, y sereno.

Aún parece guardar los versos, como huellas del dolor, que guió la mano al escribirlos.

Los ojos de mujer que se fijan en sus páginas; sentirán muchas veces nublado su mirar por el aroma del llanto.

A continuación publicamos una de sus poesías:

SE QUE FUI LOCO

Se que fui loco. No me arrepiento,
Fui venturoso con mis locuras.
Hoy, ya sensato, tan sólo siento
la gran tristeza de mi cordura.

Son generosos, locos empeños.
Nada más dulce que la quimera,
¡Oh la ventura de los que en sueños,
ven cenital fino, tosca arpillerá!

Pródiga fuiste. Pagué con creces
la regia joya de la hermosa:
te entregué un alma que no mereces
á cambio sólo de tu escultura.

Pero orgulloso, jamás me quejo,
si huelo flores pisaré abrojos.
¡Aunque me dicen que estoy ya viejo
estas arrugas que hay en mis ojos!

Por un capricho, de tu amor fácil
de lo más puro de mi amor fuerte,
y en tu ondulado capullo gracil,
— flor de carne— bebí la muerte.

Pródigamente toda mi vida
dejé en tus ojos negros y hondos,

EL MANDATO DE LA MUERTA

La mujer. Una noche, al acostarse, el mal se había apoderado de ella, y en menos de quince días se había reducido á la agonía. No había vuelto á salir del lecho; morría sin haber podido asegurar el porvenir de Juana. También la enferma se pensaba que la única guía que le era dado poder dejar á la niña era su padre; el día se oían, y Blanca había caído débil y triste habria de ser para su hija tal profesor y educador.

Blanca, de repente, se sintió desfallecer. Creyó que venía la muerte. Desesperada, descansó la cabeza sobre la almohada.

— Juana — dijo — ve á decir á tu padre que deseo verte.

Luego, cuando habia salido la niña, púsose de nuevo á mover la cabeza.

Con las pupilas dilatadas y la mirada fija y llena de ansiedad, y apretados y fríos los labios, mostraba sus energías volviendo á vivir, de no marchaba sin haber tranquilizado su corazón.

Ya no se oían en el boulevard las risas de los niños, y los árboles se destacaban en masas sombrías sobre el gris pálido del cielo. Los ruidos de la ciudad habían sido indecisos. El silencio crecía; interrumpido únicamente por la respiración tosca de la moribunda y por sollozos ahogados que salían del hueco de una de las ventanas.

Allí, sentada detrás de una cortina, moraba des-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

La estancia estaba iluminada débilmente por la claridad pálida del crepúsculo. Los vidrios de las ventanas, medio descubiertos, dejaban ver las altas ramas de los árboles, que tomaban un tono de purpura con los últimos rayos del sol. Ahí, en el boulevard de los Inválidos, jugaban algunos niños y sus risas subían dulces y acariciadoras hasta la habitación.

La primavera que siguió á las terribles jornadas revolucionarias de Febrero, fué fresca y desigual, recordándose á veces en las tardes de Mayo el frío y las brisas intermitencias de temperatura granizada y fué el soplo de viento fresco que agitaban las vidrios y trasportaban de una á otra parte el ruido del lejano rodar de los coches.

Todo estaba triste en la estancia. Los muebles, afectando formas indecitas, se destacaban en la sombra sobre los manchones pegros de las alfombras, y la alfombra, pintada de tonos que asustaban por su lídica poca á poca, se ponía por momentos todos los rincones de la habitación. Sólo se distinguía un hilo de luz, que partiendo de una de las